



Tema Central

Jóvenes rurales: Identidades y territorialidades contradictorias. Algunas reflexiones desde la realidad colombiana¹

Flor Edilma Osorio², Olga Jaramillo³ y Amanda Orjuela⁴

La juventud rural tiene dos marcadores identitarios generales: uno etario y, por lo mismo, temporal, provisional, y otro socioespacial, más fijo, si se quiere, portador y fruto de situaciones y condiciones que sus pobladores no pueden controlar. El primero refiere a la condición y posición en la sociedad y puede modificarse por la mera ubicación en una escala de edad, aunque responsabilidades asumidas o asignadas, tales como la maternidad y la paternidad, pueden restringirlo o ampliarlo. Ello se ejemplifica muy bien con la afirmación de un joven de la zona rural de Caquetá: “aquí hay jóvenes, pero no hay juventud” (Ferro, Osorio, Uribe y Castillo, 1999: 149). Además, se trata de una categoría que bien puede ampliarse más allá de dicha escala a un autoreconocimiento e inclusive a una forma de ser y de comportarse ante el mundo.

¹ Este estudio se realizó gracias al apoyo económico del Observatorio Javeriano de Juventud y fue presentado en el seminario del grupo de trabajo de Clacso “Juventud y nuevas prácticas políticas”, realizado en la ciudad de Quito del 21 al 23 de abril de 2010.

² Profesora e investigadora de la Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

³ Socióloga, egresada de la Maestría en Desarrollo Rural, Universidad Javeriana, Bogotá.

⁴ Estudiante de Comunicación Social, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

El segundo marcador, el rural, denota un grupo social marginado que, por esta razón, busca con frecuencia que las nuevas generaciones se trasladen a otros espacios sociales y asuman otros vínculos laborales y otros referentes socioterritoriales. Son las y los jóvenes los que con mayor facilidad y legitimidad tienen el apoyo de sus familias para buscar futuro en otros lugares, ante la desesperanza que se refleja en la afirmación de un joven del Quindío: “Aquí no hay futuro” (Osorio, Mejía y Restrepo, 2008: 5).

Sin embargo, otros factores entran en juego. Mientras pasan desapercibidos como actores sociales, políticos y culturales, los diversos grupos armados legales e ilegales los buscan para engrosar las filas de sus ejércitos. Si bien la educación y algunos servicios básicos de infraestructura han ampliado su cobertura al campo, ofreciendo mejores condiciones de vida, el desequilibrio entre el campo y la ciudad, frente a las oportunidades y las condiciones de ingresos monetarios, sigue siendo una constante en el país. Las políticas de fomento campesino, históricamente precarias, han sido radicalmente desmontadas, imponiéndose una propuesta de orden agroempresarial, implementada con rapidez, en muchos casos, en función de las dinámicas de la guerra.

¿Cómo comprendemos los referentes identitarios? Podemos afirmar con Jiménez y De Surenaim (2003) que la identidad es la representación que tienen los individuos o grupos de su posición distintiva en el espacio social. La identidad constituye una dimensión muy dinámica, que se construye y renueva en relación con “los otros”, de modo interdependiente entre lo individual y lo colectivo. El “nosotros” que de allí resulta sirve de amalgama para avanzar en una acción común, necesaria para conformar el patrimonio social. De esta

forma la persona está inmersa en “redes de interdependencia donde se inserta desde su nacimiento, y donde se desarrolla y se afirma, con distintos grados y según modelos variables, su autonomía relativa de individuo independiente” (Elías, 1974: 151).

A través de la identidad se establece la relación entre un actor y los recursos colectivos del grupo social al cual pertenece, pero también una relación con los otros actores. La noción relacional de identidad implica dos ejes clave⁵. Uno, la temporalidad, es una dimensión más diacrónica que comprende un tiempo largo histórico, presente en la memoria, y un tiempo corto, vivido dentro de las experiencias y trayectorias de vida (Debuyst, 1998). El otro, el espacio, define tanto el lugar que ocupan los actores sociales como su actitud y su movilidad dentro de conjuntos geográficos como las estructuras sociales y económicas, las instituciones y las organizaciones que definen los campos de relación y poder. Estos espacios conforman sistemas en una aproximación usualmente sincrónica, desde diversas escalas, pero con diferente ritmo histórico. Podríamos decir así que en la identidad confluyen la *memoria* y la *acción*, con lo cual se puede dar cuenta del peso de la historicidad, pero también de su capacidad de cambio y su flexibilidad para modificarse a través del actuar en el ahora.

Teniendo como trasfondo esta perspectiva teórica, enseguida abordaremos algunas realidades de la juventud rural en Colombia, a partir de un estudio exploratorio que se realizó en los municipios de Cómbita y Miraflores en Boyacá y de Sonsón y Nariño en Antioquia. El trabajo de campo realizado incorporó diferentes metodologías, según las realidades y dinámicas propias de cada municipio, que incluyeron talleres y ejercicios de tipo audiovisual que facilitaron la

⁵ Retomamos aquí lo afirmado en Osorio (2005a).

discusión interna y el intercambio entre los diferentes grupos que participaron en este estudio. De esta forma, fue posible la discusión y reflexión con cerca de 56 jóvenes, 25 en Boyacá y 31 en Antioquia, de ambos sexos, escolarizados y no escolarizados, en edades que van desde los 10 a los 30 años.

El texto se compone de cuatro apartes: en el primero se desarrollan algunas reflexiones generales relativas al estado del arte sobre juventud rural en el país; en el segundo señalamos algunos aspectos clave del contexto colombiano que afectan directamente a la juventud rural; el tercero recoge las tendencias encontradas en el trabajo de campo; y cerramos dando cuenta de algunas reflexiones transversales sobre el tema.

Estado del arte sobre juventud rural

Como se afirmó en un estudio realizado hace ya más de una década, la juventud es una construcción social que se redefine en el tiempo y el espacio sociocultural, lo que hace posible que “mientras en el campo a los 10 años se deja de ser joven, en las clases medias y altas de las ciudades la juventud llega hasta los 25 años. La definición del término juventud está dada por el acceso al trabajo y las responsabilidades, por las exclusiones y autonomías que esto implica” (Ferro y otros, 1999: 147). En ese momento, y a partir de lo encontrado en contextos rurales marcados por los cultivos proscritos, planteamos que las construcciones acerca de la juventud provienen igualmente de las percepciones de los demás actores. Así, subrayábamos cómo, para el caso de jóvenes raspachines⁶, “pese a la existencia y persistencia de

⁶ Raspadores, recolectores de la hoja de coca.

grandes grupos de población joven, se han mantenido invisibles como sujetos sociales y solo muy recientemente las instituciones y la sociedad empiezan a reconocerlos como interlocutores” (p. 154). Partiendo de estas premisas, proponemos algunas tendencias de los estudios sobre jóvenes rurales a partir de un estado del arte basado en 37 materiales⁷ que, además de mostrar vacíos significativos, ofrecen pistas iniciales y orientan el largo camino por recorrer y profundizar.

- Un primer hallazgo tiene que ver con la presencia de la juventud rural en temas como la migración rural-urbana, el relevo generacional y el papel de las y los jóvenes en la modernización del campo. En estos aspectos hay semejanzas con las discusiones realizadas en otros países latinoamericanos (Kessler, 2005; Caputo, 2006). Sin embargo, hay un factor explícito que caracteriza la discusión en Colombia: el conflicto armado. En este sentido, las temáticas hacen énfasis en la vinculación o desvinculación de las y los jóvenes al conflicto armado, el desplazamiento forzado, la desmovilización de ejércitos irregulares, los cultivos de uso ilícito, entre otros.

- Existe un gran vacío sobre la dimensión rural, y cuando esta se incluye en las investigaciones se hace de manera marginal, en cuanto habitantes situados por fuera de las cabeceras urbanas, sin explorar sus condiciones particulares. “La dimensión rural aparece mucho menos en los estudios y se centra en la escasez de oportunidades para las y los jóvenes del campo, que los pone en riesgo de ingresar a los grupos armados. Así, se puede pensar que la juventud como categoría social

⁷ Seis trabajos de grado sobre juventud rural, cinco ensayos e investigaciones sobre juventud rural, diez artículos y publicaciones institucionales sobre juventud rural en América Latina, dos experiencias documentadas sobre juventud rural en Colombia, un estado del arte sobre juventud en Colombia, dos estudios generales sobre juventud en Colombia y once estudios y artículos sobre temáticas relacionadas con la juventud rural.

en Colombia emerge de investigaciones y reflexiones” sobre el contexto urbano (Universidad Central, 2004: 190).

- En el campo de los estudios rurales, por su parte, si bien hay una mayor producción, lo juvenil se aborda de forma discontinua y marginal, como parte de temáticas generales, como la familia, la producción campesina, la comunidad, entre otras. En estos estudios se ha incluido mucho más el tema de género que el de generación, olvidando que son actores estratégicos en la continuidad de la acción colectiva y las organizaciones, así como en la sostenibilidad de las actividades productivas. Identificamos cierto interés por el tema de la participación social y política de las y los jóvenes rurales y se insiste en su reconocimiento como actores sociales y políticos, destacando sus prácticas y experiencias. La relación entre las y los jóvenes y su territorio, tan desarrollada en los estudios sobre juventud urbana, está totalmente ausente en los acercamientos a la juventud rural, pese a la fuerza que tiene lo territorial como fuente de identidad y de lucha en las comunidades rurales.

- A diferencia de la amplia documentación sobre juventud urbana⁸, los pocos estudios sobre juventud rural se han dado sin una suficiente articulación académica que facilite su desarrollo sistemático. Hay ausencia de líneas temáticas, centros de investigación o instituciones dedicadas al estudio de la juventud rural, de manera explícita y formal. Además, los vínculos entre la intervención y la investigación son muy débiles y desconocen experiencias clave, como los Hogares Juveniles Campesinos, la Red de Reservas de la Sociedad Civil, el programa de

⁸ Se encuentra un acervo considerable de conocimientos acerca de la juventud urbana, ligado a la Universidad Central y a la Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano (Cinde), que incluye grupos de investigación, publicaciones y ejes temáticos que sostienen un ejercicio investigativo sistemático y continuo.

jóvenes dentro de la Federación de Cafeteros o la participación de jóvenes rurales en la implementación de políticas públicas en algunas regiones del país.

- Las temáticas de investigación sobre la juventud rural están relacionadas con problemas sociales en los que ella es protagonista directa, como es el caso de su participación en la guerra, las historias de desmovilizados y todo lo que aún falta por documentar sobre su presencia activa en los diversos ejércitos legales e ilegales⁹. Otras preocupaciones que orientan los estudios tienen que ver con la migración y las problemáticas en los cinturones de miseria de las ciudades. También interesa el papel que cumplen dentro de la producción agropecuaria, en cuanto actores estratégicos del desarrollo en este ámbito. Se les atribuye una gran responsabilidad en el cambio tecnológico, en el cuidado ambiental, la modernización del campo, el relevo generacional y empleo agrícola de mediana y gran escala. Sin embargo, sus percepciones, deseos, experiencias y potencialidades son temas poco explorados.

- La perspectiva diferencial entre la juventud rural es un desafío pendiente. Prevalcen en los estudios conocidos las miradas a lo campesino, lo cual refleja la tendencia a su homogenización andinocéntrica, que no incorpora la diversidad territorial y étnica.

Un contexto colombiano rural adverso para la juventud

¿Cuál es la dimensión de lo rural en Colombia? Según el censo nacional de 2005, la proporción de población rural equivale al 25% del total nacional. Esta fuente delimita los cascos urbanos en función de

⁹ Véase, por ejemplo, Santos (2003), Arcila (2004), Madera (2004), Osorio (2005b).

las redes de servicios públicos, ubicando como rural aquellos territorios que no alcanzan a darles cobertura. Otras categorizaciones¹⁰ involucran características agroecológicas y económicas de los municipios para definir lo rural, con lo cual la proporción aumenta sustancialmente. Para otras fuentes, son rurales los municipios con menos de 10.000 habitantes (Pérez y Pérez, 2002), lo cual lleva a afirmar que 40,3% (444) tiene una población igual o menor a 10.000 habitantes, equivalente al 5,8% del total nacional. Solo 20 municipios del país concentran el 45% de la población y, de ellos, cuatro superan el millón de personas. En 14 de los 33 departamentos habita el 80% de la población. Esto es reflejo de una importante concentración de población, condición asociada al carácter urbano. Sin embargo, lo rural supera la dimensión demográfica, pues son múltiples las continuidades, pertenencias y afectos con el mundo rural por parte de quienes viven en las ciudades –como es el caso de quienes sufren el desplazamiento forzado–, hecho que podría situarse como una ruralización sociológica de las ciudades o como la otra cara de la urbanización sociológica del campo (Jaramillo, 1988).

Las diferencias entre lo rural y lo urbano existen sin duda, lo cual supone referentes identitarios territoriales específicos y heterogéneos, frecuentemente invisibilizados en aras de afirmar una cierta unidad básica. Simultáneamente, campo y ciudad mantienen una fluida relación: medios de comunicación y relaciones comerciales plantean una continua retroalimentación que no está exenta de tensiones. Esos vínculos que los acercan y esas particularidades que los diferencian se

¹⁰ Por ejemplo, la categorización hecha por el DANE en 1989 y que identifica 14 categorías, con dos grandes grupos: el rural, con 11 categorías, que alcanzan 959 municipios, y el urbano, con tres (3). Está también la categorización hecha por el Fondo DRI, cuyo índice de ruralidad es el porcentaje de población rural respecto de la población total del municipio. Según este índice, 797 municipios se situarían por encima del 60% (Fundación Social, 1998).

tejen a partir de las personas que las viven, reproducen y transforman de manera constante. Ese mundo rural, con fronteras materiales, simbólicas e identitarias difusas, tiene en Colombia ciertas particularidades que afectan de manera concreta la realidad de las y los jóvenes y que es necesario mencionar a continuación.

- La guerra afecta profundamente el presente y los proyectos de vida de las familias rurales. Desplazamiento forzado, confinamiento de poblaciones, reclutamiento, minas antipersona, masacres, fumigaciones aéreas y enfrentamientos armados forman parte de la cotidianidad de muchos contextos rurales, como parte de un proceso estratégico de ocupación y dominación. De manera particular, el destierro ha sido una eficiente estrategia de guerra que facilita el control territorial y de la tierra, empleada históricamente en la Colombia rural. El destierro, que en muchos casos se da para huir del reclutamiento, tiene su contrapartida en una acelerada urbanización marginal.

- La concentración de la tierra y empobrecimiento acelerado son el fin y el producto de la guerra. En el país, 56% de los propietarios (2.200.000 personas) posee predios menores de tres hectáreas (3 ha) y ocupan 1,7% del territorio registrado catastralmente, en tanto que el 0,4% (2.428 personas) poseen 44 millones de ha, esto es, el 54% del territorio. Cerca de 700.000 hogares campesinos no tienen tierra, 70% de la población rural sobrevive con un dólar diario y 30% de esta franja está por debajo de la línea de indigencia (Bonilla y González, 2006). Cerca de 5,5 millones de hectáreas no están en manos de sus dueños legítimos, extensión que equivale 10,8% de la superficie agropecuaria nacional (Garay, 2009).

- Los cultivos de uso ilícito son un incentivo poderoso, con múltiples intereses y un factor de represalia para los pobladores rurales. La efectividad de la fumigación y la erradicación manual está constante en debate, especialmente porque las políticas de lucha contra el narcotráfico han ignorado el efecto globo y el efecto paraguas de la ilegalidad¹¹. La lucha antidrogas se libra de manera importante en el campo, acompañada de una fuerte represión que afecta a pequeños productores y jornaleros, muchos de ellos niños y jóvenes, mientras los carteles del narcotráfico se insertan exitosamente en la economía legal y en las estructuras de poder político en alianza con el paramilitarismo.

- Los intereses del paramilitarismo se mueven entre la búsqueda de rentas y de acumulación y la politización, al tiempo que muestran diversos grados de autonomía y relación con el Estado. Ya sea como empresarios de la coerción, señores de la guerra o expresión del gamonalismo armado, se consolidan a mediados de la década del 90 y su expansión se forja a partir de un cúmulo de solidaridades y complicidades, unas consentidas y otras impuestas por el miedo que pervive al terror (Uribe, 2005). Ellos se amparan y nutren con el apoyo y las alianzas de múltiples sectores económicos, políticos y sociales, recomponiendo de manera acelerada y violenta las redes de poder local, regional y nacional, como lo muestra la denominada parapolítica.

¹¹ El primero se refiere al movimiento de los cultivos a otro lugar del país o del mundo, con un mecanismo económico basado en la reducción temporal de la oferta y el alza de precios, estimulando la siembra en otros lugares. Pero, además, la reducción en el área no significa menos producción, pues los cultivos han avanzado en tecnología y nuevas variedades, que han aumentado su rendimiento. Desconocer el efecto paraguas de la ilegalidad, por otra parte, ha llevado a no diferenciar extensiones de cultivos y tipos de productores. Supone que los grupos armados centran su accionar en la rentabilidad de dicha economía, que al acabar con la droga se pondrá fin al conflicto armado y que la lucha contra la droga debe asumirse de cualquier modo y al precio que sea (PNUD, 2003).

- Las interpretaciones del conflicto armado omiten con frecuencia el papel del Estado como actor violador de derechos humanos, pues, además del derecho a la vida, organismos y agentes del Estado han violado la libertad personal con la detención arbitraria de casi siete mil personas, es decir, cinco personas diarias en promedio entre 2002 y 2006, todo ello en el marco de una impunidad creciente y de evidencias de graves problemas de corrupción y de excesos de las fuerzas armadas. Como señalamos recientemente, los mal denominados “falsos positivos” no son más que crímenes de Estado¹², cuyas víctimas son jóvenes de zonas marginales urbanas y también rurales.

- Las políticas del sector agropecuario estimulan el sector empresarial y marginan la economía campesina y los grupos étnicos rurales. “El país aumentó ocho veces la importación de alimentos y experimentó un fuerte deterioro de sus ingresos y del empleo por la pérdida de cerca de 800.000 hectáreas dedicadas a cultivos” (Garay y Rodríguez 2005: 255). La producción de alimentos, eje central de la economía campesina, se ha relegado, y se ha impuesto la producción agrícola extensiva, en monocultivo, destinada a la cadena agroindustrial. Pero, además, existe “una sobre utilización de tierras en actividades pecuarias a costa de la subutilización del suelo con vocación agrícola y forestal” (p. 247). La brecha de la estructura bimodal, campesina y empresarial, se amplía en todas sus dimensiones al concentrar los recursos y programas de crédito, tierra, empleo, tecnología en un

¹² Se trata del asesinato por parte de las fuerzas armadas de jóvenes campesinos y de barrios marginales, reclutados para trabajar y luego mostrados como guerrilleros muertos en combate. Según el *Informe sobre la situación de los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario en Colombia*, de Naciones Unidas para 2008, la Fiscalía investiga un total de 716 casos que han dejado 1.171 víctimas mortales. En junio de 2009, el relator especial Philip Alston señaló que la tesis del gobierno sobre las “manzanas podridas” en el ejército era “insostenible” (Ardila, 2009).

sector y unos productos, reduciendo las condiciones necesarias y suficientes para hacer efectivo un desarrollo rural integral e incluyente.

Todo lo anterior afecta de manera directa el vínculo actual y las perspectivas futuras de la juventud rural con sus territorios y con los referentes allí construidos. Los múltiples estigmas que surgen de la guerra, al dejar a sus jóvenes como víctimas y como victimarios, los marginan aún más. Su alta valoración para la guerra contrasta con la poca importancia que tienen en sus lugares y las difíciles condiciones de vida, situaciones que impulsan migraciones con poca probabilidad de retorno.

¿Qué significa ser joven aquí? Percepciones y prácticas en cuatro municipios rurales

Una de las preguntas sobre las que se dialogó con varios jóvenes, hombres y mujeres, habitantes rurales de los municipios de Sonsón y Nariño en Antioquia y de Cóbbita y Miraflores en Boyacá, buscaba saber qué significa para ellos ser joven en sus lugares¹³.

¹³ Véase mapa anexo.

Tabla 1 Población rural/urbana de los cuatro municipios de estudio.

Municipios	Total			Cabecera			Resto		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
Nariño	9.043*	4.653	4.390	2.498	1.132	1.366	6.545	3.521	3.024
Sonsón	37.065	18.478	18.587	15.470	7.134	8.336	21.595	11.344	10.251
Cómbita	12.752	7.687	5.065	828	409	419	11.924	7.278	4.646
Miraflores	9.455	4.684	4.771	4.731	2.180	2.551	4.724	2.504	2.220

Fuente: DANE (2005). En línea: <http://www.dane.gov.co/censo/>

* De acuerdo con fuentes regionales, la población del municipio de Nariño es de 15.579 personas. El cuadro comparado se hizo retomando la fuente del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE).

Tabla 2 Población urbana/rural y necesidades básicas insatisfechas (NBI).

Municipios	Rural	Urbana	NBI municipal	NBI cabecera	NBI resto-rural	UAF*
Nariño	72,5%	27,5%	34,22%	25,11%	37,65%	15 ha
Sonsón	58,2%	41,8%	33,75%	19,51%	43,83%	19 ha
Cómbita	93,5%	6,5%	38,40%	24,15%	39,70%	11 ha
Miraflores	50%	50%	25,35%	19,36%	31,33%	17 ha

Fuente: DANE (2005). En línea: <http://www.dane.gov.co/censo/>

* Unidad Agrícola Familiar.

Para comprender las lógicas narrativas de las y los jóvenes, a continuación se identifican algunas características generales de los municipios, subrayando sus similitudes y diferencias.

- Tres de los municipios son muy pequeños, dos de ellos acercándose a los 10.000 habitantes. Sonsón, con cerca de 37.000 habitantes, es capital de la provincia del Oriente Antioqueño, concentra servicios financieros y educativos y su economía está basada en la producción agrícola y pecuaria, que es comercializada no solo en el departamento sino en el país. Se pueden observar diferentes índices de ruralidad¹⁴

¹⁴ Salvo Miraflores, los demás municipios muestran altas proporciones de población rural, que para el caso de Cómbita alcanza el 94%.

que se relacionan con el papel que juegan los centros urbanos y el tipo de dinámicas que se establecen entre ese centro y las veredas, vistas como periferias.

- Los indicadores de necesidades básicas insatisfechas muestran que, pese a su carácter de ciudad intermedia, Sonsón tiene el mayor índice en sus veredas, en tanto que Miraflores tiene un índice menor, relacionado quizá con el tamaño del casco urbano. Cómbita y Nariño se ubican en niveles cercanos al 40%, que dan cuenta de la situación de sus habitantes. A nivel regional, este último municipio se ubica como uno de los municipios más pobres en el Oriente Antioqueño, fenómeno que en las zonas rurales puede alcanzar el 100%.

- Cómbita se encuentra a 8 km de Tunja, ciudad capital del departamento de Boyacá, lo cual genera dinámicas de movilidad y comercio importantes, si se considera el ritmo de crecimiento urbano de la ciudad. Así mismo, la construcción de la Cárcel de Máxima Seguridad, inaugurada en el mes de julio del 2002, se ha ido situando como un marcador de lugar, en la medida que a partir de su funcionamiento se han incrementado los costos de la tierra en los lugares próximos a la cárcel y la llegada de foráneos modifica hábitos y costumbres.

- Los cuatro municipios tienen vocación agropecuaria. Cómbita es de clima frío y se destaca la producción de papa, cebada, trigo, maíz, arveja, habas, y de frutales como curuba, durazno y ciruela. Los cultivos son de carácter familiar, conformados por pequeñas extensiones, y su manejo obedece a procesos tradicionales. Miraflores tiene un clima templado, con una producción agroindustrial centrada en la economía campesina, en la que se destaca el azúcar, algodón, café, maíz, yuca, arracacha, lentejas, naranjas, plátanos, aguacates,

mangos, papayas. Igualmente, tiene una fuerte tradición de ganadería extensiva de bovinos. Sonsón, por su parte, cuenta con diversidad de pisos térmicos que permiten variedad en la producción agropecuaria, que además de abastecer el mercado local se comercializa regionalmente. Allí se produce papa, arveja, fríjol, maíz, café, plátano, panela y frutales de clima cálido y frío. En el municipio de Nariño sobresale la producción de café, panela y productos de pan coger que se destinan al autoconsumo. La producción agrícola no alcanza a satisfacer la demanda local, por lo que una significativa parte de sus alimentos provienen del municipio de Sonsón. En las zonas montañosas del municipio se lleva a cabo la extracción de recursos del bosque y productos como la madera, y las varas tutoras para algunos cultivos se comercializan en el municipio de Sonsón.

- En términos de dinámicas municipales, encontramos que Sonsón mantiene escenarios de participación basados en la consulta y la información, con una activa participación de las Juntas de Acción Comunal (JAC). A su vez, Nariño le ha apostado a un modelo de desarrollo local basado en una plataforma participativa. Las organizaciones sociales participan en la formulación de los planes, conocen el presupuesto municipal y toman parte en las decisiones a través de la priorización de problemas y proyectos, en contraste con los municipios boyacenses, donde impera la política tradicional y los espacios organizativos, como las JAC, funcionan como referentes organizativos históricos.

- A diferencia de Boyacá, en Antioquia y en la Región del Oriente se ha dado un impulso a la Política Pública de Juventud. El Plan de Desarrollo Juvenil, zona páramo 2015, señala que las y los jóvenes entre 14 y 26 años representan 26% de la población que habita la zona

de páramo, 67% de ellos se localiza en las zonas rurales y 33% en las urbanas, y propone el reconocimiento de la diferencia entre la condición y situación de las y los jóvenes rurales y la de aquellos que habitan las cabeceras municipales.

Con esta rápida radiografía de los territorios locales donde habitan y se construyen las identidades rurales de las y los jóvenes, pasamos a identificar algunas tendencias al respecto.

El estudio, un referente central en sus vidas para el presente y el futuro

La participación en el sistema escolar es muy valorada y se la considera una característica propia de las y los jóvenes y un aporte a su preparación y futuro.

Los jóvenes son los que forman el futuro del mañana, [...] yo quiero ser alguien, yo quiero estudiar. Yo iba a la escuela pero a hacer nada [...] me salí y estuve como tres años por fuera y me puse a trabajar. Y yo me puse a pensar, no esto nos es pa' mí, yo necesito estudiar, necesito labrar mi vida para ser alguien, yo no me puedo quedar aquí estancado, siendo una persona que está trabajando solamente acá y que no puede soñar. Yo me puse a pensar, yo necesito estudiar, necesito conocer amigos que es el mundo del estudio (Nelson, 15 años, vereda Las Mangas, Nariño).

Este testimonio da cuenta del imaginario que se construye en torno al papel del estudio, que va desde la formación y el empleo a la movilidad física y simbólica (soñar) e incluye, por supuesto, los amigos. Es claro que la escuela tiene como motivador fundamental el encuentro entre pares y la creación de relaciones por fuera del ámbito familiar.

En Cóbbita, varios de las y los jóvenes entrevistados vienen realizando la validación de su bachillerato los sábados, en el casco urbano (en la Fundación Itedris¹⁵). Las y los jóvenes reconocen y valoran esta posibilidad en la medida que les permite asumir responsabilidades familiares, trabajar en la parcela o ir al mercado aportando económicamente en sus hogares.

Las mujeres jóvenes y con hijos valoran la posibilidad de retomar los estudios secundarios en la medida que pueden ampliar sus opciones laborales y académicas y de esta forma mejorar la calidad de vida de sus hijos: “Yo hace diez años dejé de estudiar por razones económicas [...] Después conocí el Itedris y decidí estudiar, porque mi sueño siempre ha sido ser alguien en la vida, para darles un mejor ejemplo a mis hijos” (Flor, 25 años, vereda San Isidro, Cóbbita).

La educación es un asunto que también valoran las generaciones mayores y se considera una oportunidad para que las y los jóvenes no vivan sus mismas condiciones, marcadas por la precariedad económica, e incluso mejoren las del núcleo familiar: “esa hija mía estudia y yo le digo: `mija, estudie, que usted es la que se va a ganar la

¹⁵ Institución privada sin ánimo de lucro de propiedad de la Arquidiócesis de Tunja. Trabaja en el ámbito de la educación formal, principalmente en el sector rural, con miras a facilitar la culminación del bachillerato en la población joven y adulta. A través de esta formación se busca igualmente que la población rural genere procesos comunitarios y empresariales que les permitan construir desarrollo con autonomía.

plata, que las que no estudiamos estamos es quemándonos las manos'; en esa época no estudiamos mayor cosa" (Bertha, 58 años, vereda La Linda, Nariño).

El trabajo, inseparable en la cotidianidad de la juventud rural, con fronteras de género

Si bien no todos estudian o terminan su formación académica, todas las y los jóvenes rurales desarrollan actividades productivas y domésticas, un vínculo con el mundo adulto desde muy temprana edad, con una división fuertemente marcada por el género. Así se (re)producen modelos tradicionales de lo masculino y lo femenino, en los cuales los hombres se ocupan de manera exclusiva de lo productivo en el predio mientras ellas conjugan las responsabilidades domésticas con las actividades productivas, cuando las condiciones así lo exigen: "a veces yo me siento mal porque soy la única que hace todo, y a veces cuando tengo mi descansito le digo a mi mami que si me da el permisito de salir a jugar básquet, de salir al pueblo, pero me dice que no, pero si mi hermano le pide que lo deje salir al pueblo pues le dice que sí, entonces yo soy la única que me quedo en la casa" (Estela, 16 años, vereda La Concepción, Cómbita). La rutina de los jóvenes la resume Pedro así:

Levantarse uno, madrugar un poquito y casi siempre tomar los tragos (de café), darse la bendición, ya me voy a desyerbar, a coger café, vuelvo a desayunar, casi siempre el día se me pasa en el trabajo de la finca, sea haciendo una cosa o la otra, en los quehaceres, y ya por la tarde uno se relaja un poco más, se pone uno a ver televisión o

algo así, se va pa' donde un amigo, en fin, a dialogar, a ver qué le cuenta, qué hay de nuevo, y son cosas que le ayudan a uno a asociarse con la demás comunidad, y uno llama al amigo o la amiga entonces así se le va a uno el día (Pedro, 26 años, vereda Río Arriba, Nariño).

Las mujeres, únicas responsables del ámbito doméstico y familiar, ven duplicadas sus jornadas de trabajo cuando están estudiando, ya que al mismo tiempo participan en los tiempos de siembra y cosecha, están a cargo de la elaboración de las comidas, del ganado, el ordeño, la producción de quesos y cuajadas y de las pequeñas huertas que algunas tienen: “cuando hay obreros, cuando se siembra, no me gusta eso, porque es que hay que cocinar a las nueve, al medio día y por la tarde, entonces solamente se la pasa uno en la cocina dándole comida a los obreros, y eso cansa” (Joanna, 30 años, vereda San Isidro, Cóbbita). “Los lunes y martes que vengo a estudiar sí hay que madrugar un poquito más. Se levanta uno, hace los tragos, luego monta la aguapanela, las arepitas, el almuerzo; los otros días que no vengo a estudiar es eso mismo, solo que todo el día. En los quehaceres de la casa casi siempre no hay diferencia, porque de por sí la joven hace en la casa igual que la mamá o a veces aún más” (Diana, 22 años, vereda Norí, Sonsón).

Sin embargo, algunas mujeres incursionan en el mercado laboral a través de los hogares de bienestar familiar, por ejemplo, y con ello se procuran un recurso mínimo trabajando con sus comunidades y sin tener que abandonar su espacio doméstico:

Mi día comienza a las cinco de la mañana, me levanto, me baño, hago el desayuno, llamo a los niños para que se alistén al colegio [...] a veces le ayudo a ordeñar la vaca a mi mamá. Luego me preparo para recibir los niños que atienden en el jardín, les reparo la colada, ya luego llegan los niños [...] me dispongo a preparar el almuerzo, ya los niños recogen los juguetes, se sientan a la mesa y almuerzan, hacemos actividades pedagógicas [...] luego ya he puesto las ollas para las onces [...] los papás llegan de cuatro a cinco de la tarde, pero en ese tiempo ya han llegado los hijos del colegio, y bueno ya se han ido los niños, entonces aseguro el ganado, hago la comida a los niños, revisar las tareas, y hacia las siete uno se dispone a comer, mira un ratito de televisión y se acuesta a dormir (Janet, vereda San Isidro, Cómbita).

El machismo en el campo

Este se expresa en el control de los tiempos y actividades de las mujeres, incluyendo en algunos casos el uso permanente del celular, cuando sus maridos trabajan fuera del municipio:

Yo diría que Boyacá está muy centrada por el machismo, y al hombre es difícil hacerle cambiar la mentalidad, de que si somos pareja tenemos las mismas responsabilidades; ellos dicen que es que trabajan, pero uno mira y uno también trabaja; ellos no miran que uno en la casa hace todo el oficio, que aparte de eso está pendiente de los hijos, aparte de eso los animales, eso no lo mira el hombre (Joanna, 30 años, vereda San Isidro, Cómbita).

La división sexual del trabajo con fronteras tan definidas, expresión de formas patriarcales de concebir lo masculino y femenino, las mujeres la perciben como un hecho desgastante y frustrante, ya que sus responsabilidades y trabajos son constantemente invisibilizados. El trabajo doméstico se inscribe así en ciclos repetitivos que nadie reconoce: “la casa es muy desagradecida, porque nunca se ve lo que hacemos, [mientras ellos] se van a trabajar en el campo y se les ve el tajo, en cambio, nosotras todos los días lo mismo” (Juana, 17 años, vereda Norí, Sonsón).

Los celos, forma recurrente de control masculino, llegan en muchos casos a la violencia física, situación que afecta de manera dramática a las mujeres más vulnerables: “estas mujeres son sobre todo mujeres que no han podido surgir, que viven del salario que el esposo lleve a la casa” (Janet, 21 años, vereda San Isidro, Cómbita). Las mujeres con hijos señalan que sus esposos las controlan y vigilan: “qué hacen, con quién hablan, si salen mucho” son algunas de las preguntas que, si bien no son formuladas de manera explícita, regulan sus tiempos y actividades: “cuando uno está de novio (sic) le parece que es lo mejor del mundo, pero ya uno se va a vivir y todo cambia, uno no se siente igual, porque si sale hubo problemas, que porque caminó, que porque hizo, que por qué no me dijo; entonces ya no hay esa confianza de irle a contar todo lo que uno hace” (Estela, 26 años, vereda La Concepción, Cómbita). Acá es importante tener en cuenta que el machismo no se limita únicamente a los comportamientos y actitudes de los hombres, sino que es un asunto anclado en las percepciones de hombres y mujeres de todas las edades, lo que en consecuencia permite su reproducción.

La juventud es disfrutar la vida, es innovar y arriesgarse

Junto con el trabajo y el estudio, como actividades regulares, se insiste en señalar la juventud como una época para el disfrute, la diversión y el deporte. Aunque algunos autores discutan su existencia, las y los jóvenes rurales tienen su propia morosidad social, es decir, su propia espera y goce del tiempo, mientras asumen otras responsabilidades: “disfrutar la vida, eso es la juventud” (René, 19 años, vereda Norí, Sonsón), pues “lo propio de la juventud es rumbiar, jugar, hacer ejercicio, estudiar, aprender cosas nuevas, experimentar” (José, 21 años, vereda Norí, Sonsón). Sin embargo, el tiempo de ocio es una actividad masculina, pues las mujeres tienen grandes restricciones para ello. Se considera que existen peligros en aquellos lugares donde pueden interactuar con personas que no son de la vereda o, aun más, en donde participen jóvenes del pueblo. “Muchas veces el hombre tiene más libertad para algunas cosas [...] Muchas veces una joven es más responsable que muchos hombres jóvenes, que se creen [que] porque son hombres nunca les va a pasar nada. Por ejemplo, si hay un festival en una caseta, en otra vereda, va a ir más fácilmente el hombre joven por ser hombre que la mujer por ser mujer” (Lina, 22 años, vereda Norí, Sonsón). No obstante, la participación en el grupo juvenil y la escuela permite a las mujeres jóvenes hacer parte de las actividades que desde estos espacios se generan.

Para las mujeres en Boyacá, dadas sus responsabilidades y ocupaciones permanentes y sin delimitación precisa, la noción de tiempo libre es más vaga. Para los hombres, el tiempo libre es una noción definida, ya que sus responsabilidades laborales o académicas tienen tiempos específicos. El billar como actividad recreativa ha

ganado fuerza, desplazando actividades tradicionales como el tejo: “los sábados y los domingos descanso. Los días domingos es cuando más puedo jugar billar. Me gusta más el billar que el tejo, porque el billar es como una cosa más suave que el tejo” (joven de 15 años, Cómbita).

Por otra parte, hay una relación entre lo juvenil y la capacidad de arriesgarse a realizar las cosas de otra manera, pese a las desconfianzas e incredulidades que inicialmente despiertan en los adultos y mayores. Así, algunos consideran que la vinculación de conocimientos tradicionales y académicos dinamizarán los espacios productivos rurales. Algunos combinan actividades de ingreso estable con sus proyectos innovadores en el campo:

Frente al cultivo de la caña he planteado algunas innovaciones en el cultivo [...] porque nos hemos quedado estancados [...] Uno como joven se traza metas, se traza objetivos, y no sé hasta cuándo le dure a uno ese entusiasmo, pero creo que eso es favorable, así hayan (sic) obstáculos o de pronto las mismas personas lo desanimen, aunque hay algunos que lo animan a uno y dicen “chévere que cambie cosas, que se hagan cosas diferentes”, pero hay unos negativos, que le dicen a uno “eso no funciona, usted está haciendo las cosas mal” (Miguel, 30 años, vereda Chapacia, Miraflores).

La juventud, responsabilidad y poder en el hogar frente a la niñez

Tanto niños como jóvenes consideran que el cambio de juegos no solamente configura la identidad de las y los jóvenes, sino que también

redefine sus relaciones con los más pequeños y con otros jóvenes mayores. Pero el juego es solo una manifestación de otros cambios. “Cuando ya un niño ya está empezando a ser joven, ya deja los juegos que tenía antes y ya ahora nos gusta es estar jugando fútbol [...] Ya van cambiando muchas cosas, ellos cambian su forma de pensar [...] ahora socializan es con los más grandes [...] y si de pronto van a jugar con los más pequeños, siempre les están pegando” (Diana, 11 años, vereda La Linda, Nariño).

En la familia las y los jóvenes asumen nuevas tareas y posiciones con respecto a los más pequeños, pues si bien se adquieren mayores responsabilidades en los ámbitos doméstico y productivo, con el paso de los años también conquistan avances en las relaciones de poder con los hermanos menores. “Ella [una hermana mayor], pues, lava la ropa y nosotras no y como que ella también tiene derecho a mandarnos a nosotras, pues darnos ejemplo” (Margarita, 13 años, vereda Norí, Sonsón). Este asunto se relaciona mucho con la composición de la familia. En un hogar donde hay varios hermanos, las y los jóvenes mayores tienen vínculos más fuertes con el mundo adulto y deben asumir mayores responsabilidades, y los menores tienen más tiempo de ser jóvenes. Pero cuando la proporción de hijos es menor o todas son mujeres estas responsabilidades se inician desde edades más tempranas y se adquieren en el ámbito doméstico y en el predio con mucha intensidad.

La juventud, un espacio colectivo en tensión con el mundo adulto

La conformación de una familia y las decisiones con respecto a la pareja constituyen los factores que marcan el inicio de la vida como adultos, con mayores responsabilidades y capacidad para sostener un hogar. “Uno empieza a ser adulto cuando tiene una responsabilidad, ya

tiene obligación y entonces ya le toca mejor dicho empezar a mejorar, ir convirtiéndose en hombre para poder ir respondiendo por la obligación” (René, 19 años, vereda Norí, Sonsón). Pero la maternidad y la paternidad tienen implicaciones diferentes para hombres y mujeres. Para ellas la maternidad temprana conlleva el abandono de las actividades escolares y la dedicación al hogar: “la juventud mía digamos que no la viví como se dice a plenitud, porque lo cohibían a uno más; y luego fui madre muy joven [...] ya no es lo mismo ser una joven normal a ser ya una joven con un hijo” (Lina, 22 años, vereda Norí, Sonsón). Para los hombres jóvenes la situación es diferente: “un compañero mío pensaba que yo al casarme iba a ser otra persona, que yo iba a cambiar, que de pronto no iba a estar con el grupo, y vio que no. Entonces, como que me haya cambiado, no” (Juan, 27 años, vereda Guamito, Nariño).

Al margen de la edad cronológica, se pone de relieve la importancia de formar parte de un grupo de amigos o pares, pues es compartiendo con ellos y participando en las actividades que el colectivo realiza como se crea, mantiene y consolida el referente colectivo de ser joven: “muchas veces también uno así sea joven, y ya por el hecho de tener unos hijos, un esposo, entonces sí se revuelve con los jóvenes; las demás señoras adultas piensan que uno debe ser como son ellas y empiezan a decir ‘vea a esa machorra que se mete a jugar con esos muchachos’” (Lina, 22 años, vereda Norí, Sonsón).

Los adultos ejercen sobre las y los jóvenes actuales una especie de censura, resultado de sus expectativas y de las transformaciones de estos frente a su propia juventud: “las de esa época, la mayoría, trabajábamos duramente. Las de ahora, como ya todo está hecho, no les toca pilar, para ellas ya viene todo hecho [...] En esa época el maíz

era pilado, la mazamorra era pilada, había que bolear mano uno para poder comerse una mazamorra o un arepa y ahora viene todo listo. Entonces, cómo digo, ¡más pereza!” (Bertha, 56 años, vereda La Linda, Nariño). Ello se relaciona principalmente con la participación de las y los jóvenes en los roles tradicionales asignados a hombres y mujeres campesinos en los ámbitos domésticos y familiares: “yo de amor no sabía nada, que lo que le hablaba un hombre yo ni sabía cómo contestar, porque yo nunca salí de la casa [...] nosotros no hablábamos, no como decir que ahora se ve, que llegan y se abrazan, se besan, haya o no gente, hayan (sic) niños o no, ya [se] hace casi todo ahí frente a la gente. En ese tiempo era muy respetado” (Evelia, 63 años, Cómbita). O en el ámbito productivo y educativo: “pues como uno no ha vivido tantas cosas como los adultos, entonces ellos lo ven a uno como un joven irresponsable, que no se le ve mucho futuro” (Samir, 14 años, Cómbita).

Dejar la agricultura y emigrar

Las razones que motivan la migración de las y los jóvenes se relacionan con las oportunidades que se concentran en los centros urbanos y no están en sus veredas, con el deseo de ingresos estables y de no repetir la historia de sus padres o madres. La migración definitiva o las relaciones pendulares campo-ciudad se relaciona directamente con las particularidades y características de ese contexto rural que las y los jóvenes habitan. La pobreza, la economía de subsistencia y la crisis de la agricultura son factores que motivan a las y los jóvenes rurales a las labores no agrícolas:

Hay mucha diferencia porque, digamos, cuando yo era joven la gente era muy animada a trabajar. Prácticamente,

de los hijos que tengo, [a] uno no más le gusta seguirme a mí a trabajar la tierra. De resto, se están yendo a pagar servicio [...] Uno los aconseja que piensen en el futuro. Debían de ponerse a pensar cómo se está poniendo ahora la situación, cómo se está poniendo todo de caro. La gente hoy en día ya no le da por sembrar comida” (Alfonso, 58 años, vereda La Linda, Nariño).

Las expectativas y sueños de muchos se encuentran relacionados con la culminación de una carrera profesional y la consecución de un trabajo que permita ingresos estables: “yo quiero estudiar para poderme ir, yo quiero vivir siempre en la ciudad, para poder tener un trabajo allá, poder ganar siquiera plata para mantenerme a mí y más adelante mantener a mis padres” (Eliana, 15 años, vereda La Linda, Nariño). En Boyacá, si bien no es una tendencia mayoritaria, algunos jóvenes contemplan la carrera militar como una forma de lograr un ingreso económico mucho más estable: “la carrera militar me llama mucho la atención, me gusta el riesgo, además es como por ahora la única carrera que uno va a estudiar y no se pierde la plata, como en otras carreras que a uno le toca salir y buscar trabajo o, si no, uno queda estacionado en su casa” (Hugo, 16 años, Cómbita). El campo militar como fuente de empleo deja el interrogante sobre su coincidencia o la influencia del ambiente militar que vive el país.

Las expectativas de migración están marcadas por el género y se relacionan, por un lado, con la estructura patriarcal, que condiciona fuertemente las expectativas y escenarios de acción femeninos, y por otro, con los espacios educativos, en cuanto formas de movilidad social. Así, para muchas mujeres es prioritaria la realización de una

carrera profesional, tendencia que refleja la percepción negativa sobre la vida adulta femenina en el campo, mientras para los hombres el deseo de educación no excluye la posibilidad del retorno, ya que finalmente ellos cuentan con mayores posibilidades de heredar la tierra e iniciar su proyecto: “yo siempre he querido coger y vivir en la ciudad y estudiar la carrera de policía [...] voy a intentar[lo]; por acá no, porque por acá me tocaría quedarme solamente de ama de casa y yo quiero para mí otra cosa, un futuro mejor” (Eliana, 15 años, vereda La Linda, Nariño).

La apuesta por el futuro en el campo

Quienes consideran su futuro en el campo reconocen la necesidad de prepararse y mantener relaciones con la ciudad: “me gustaría tener una finca muy diversa en productos, en especies animales, en especies tanto agropecuarias como naturales nativas de la región y me gustaría tener mi familia, mi esposa, vivir en el campo. Obviamente, uno va a necesitar en algún momento de estar (sic) en la ciudad para estudiar o para algún trabajo, pero mi futuro lo veo en el campo” (Víctor, 16 años, vereda Norí, Sonsón). Para las y los jóvenes de Miraflores, salir una temporada de su municipio a estudiar, conocer otras formas de vivir la vida, otras regiones, personas y referentes culturales, modifica la relación con lo rural. Para algunos se plantea una relación pendular, como comenta Patricia al imaginarse en diez años:

A mí me ha gustado siempre el campo, entonces yo creo que no lo descuidaría; si yo estuviera en una ciudad ejerciendo una profesión, me gustaría tener una finca en el campo, pero ya no viviría en el campo, porque desde que yo sea una persona profesional todo cambia, no tendría

tiempo de vigilar un lote de ganado, eso sería muy complicado (Patricia, 19 años, Hacienda La Mariela, Miraflores).

Para otros, la vida en el campo se plantea como la mejor posibilidad para construir proyectos de vida que involucren desde un ambiente más sano para que vivan sus hijos, con dinámicas de sociabilidad más tranquilas, hasta espacios profesionales de realización que en la ciudad difícilmente alcanzarían: “el deseo de superación para mí fue irme a estudiar [...] yo no estudié por buscar un puesto, sino como por ocupar un puesto más en la sociedad, uno tiene que aportar es a la sociedad, uno tiene que volver es a la gente que fue gente con uno. A veces es uno muy apático, y se va a estudiar a la ciudad y no vuelve” (Pablo, Miraflores).

Las relaciones con la ciudad y con el campo dependen del contexto rural al que se hace referencia. Así, en un municipio como Nariño, localizado a cinco o seis horas de la capital del departamento, donde se concentran las oportunidades laborales y académicas, las y los jóvenes prefieren migrar de forma definitiva, pero en los municipios cercanos a los centros urbanos regionales es posible que se sostengan relaciones fluidas con lo urbano, mientras que se disfruta de aquello que se valora o necesita en el campo.

Comparando el campo con lo urbano

En general, las y los jóvenes entrevistados consideran el campo como un lugar adecuado para vivir la juventud, que incluso ofrece algunas ventajas frente a lo urbano:

Ser joven para mí en el campo es ser más libre, tener una gran diversidad de cosas para hacer, tener libertad, estar

menos propenso a las drogas, al delito, poderse desarrollar como persona, porque también hay posibilidades de estudiar, estar lejos de una gran cantidad de cosas que son dañinas y compartir con los otros jóvenes (Víctor, 16 años, vereda Norí, Sonsón).

La exigencia de trabajo y responsabilidades permanentes en el campo se consideran como parte de una mejor formación: “las jóvenes del campo, como dicen por ahí, no se vuelven tan brinconas, por que en el pueblo no hacen nada, se mantienen en la calle, en cambio uno en el campo es ayudando” (Luz, 16 años, vereda Quebra Honda, Nariño). No obstante, el acceso a la información y la educación se perciben como desventajas de las y los jóvenes rurales con respecto a los urbanos. Las oportunidades para la educación se concentran en unos municipios más que en otros. Es así como las y los jóvenes rurales de Nariño consideran que los de Sonsón tienen mayores posibilidades de estudiar y estos se sienten en la misma condición frente al centro poblado que tienen como referencia.

La cercanía de Cómbita a Tunja permite un movimiento constante entre lo rural y lo urbano. Algunos jóvenes viajan una o dos veces por semana a la ciudad, aprovechando los días de mercado, para vender los productos agrícolas de la vereda, y algunas mujeres han tenido experiencias laborales en el oficio doméstico, por temporadas cortas, en Tunja o Bogotá. Pese a reconocer la mayor oferta de servicios, actividades y comercio de las ciudades, tanto hombres como mujeres se refieren a su vida en el municipio de forma positiva: “Para mí toda la vida el campo será lo primordial, ha sido toda la vida en el campo y el campo me ha dado todo [...] económicamente se me hace más fácil

el campo que la ciudad, que uno tiene una mejor vida” (Hugo, 16 años, Cóbbita). Hay una lectura crítica con respecto a las reales oportunidades laborales de la ciudad y se valora de la vida rural la autonomía económica y alimentaria: “es que en la ciudad es más difícil la situación, acá en el campo tenemos las facilidades de sembrar nosotros mismos nuestros alimentos, en cambio en la ciudad tenemos que comprar los alimentos; acá tenemos nosotros la posibilidad de conseguir más la vida fácil y no irnos para la ciudad, porque allá es más grave la situación” (mujer joven de Cóbbita).

Existe una conciencia ecológica que permite una valoración del papel del campo en la sociedad actual, así como del rol que deben jugar las y los jóvenes: “nosotros estamos haciendo una diferencia, nosotros estamos enseñándoles a nuestros mayores que podemos hacer más, estamos enseñándoles a nuestros padres que hay nuevas alternativas; antes nuestros padres nos enseñaban a nosotros cómo cultivar la tierra, ahora nosotros les vamos a enseñar cómo cuidar la tierra” (Samir, 14 años, joven de Cóbbita). En el caso de algunos jóvenes de Sonsón y Nariño, su participación en la Red de Jóvenes Observadores de Aves ha permitido la valoración de la riqueza natural de la región y la importancia de conservarla.

El campo “es demasiado tranquilo”

Las y los jóvenes manifestaron el cansancio que produce la rutina de sus actividades. En gran parte la monotonía se debe a la resistencia de la población adulta a la innovación, al peso de una concepción tradicional en todos los ámbitos de la vida, que frena las iniciativas de la población más joven:

Aquí lo que hace falta es ánimo, iniciativa, la gente aquí se pone a pensar mucho y como que se detiene por una simple cosa, como que simplemente ven un obstáculo y lo ven tan grande que dicen que no pueden, pero hay personas que han tenido mucho menos que nosotros y han salido más adelante, entonces yo digo, por qué nosotros no podemos salir adelante” (Samir, 14 años, joven de Cóbbita).

Algunas mujeres señalan con insistencia el agobio que produce la rutina doméstica y familiar junto a la dependencia económica al esposo: “[a] uno en el campo, el trajín de todos estos años lo aburre, quiere cambiar de rutina, de poder hacer otra cosa, poder demostrarle[s] de pronto a nuestros hijos que fuimos capaces de cambiar las actividades que llevábamos, esa rutina me gustaría cambiarla” (Flor, 25 años, vereda San Isidro, Cóbbita). Para algunas mujeres la vida en la ciudad puede posibilitar otras formas de vivir la vida: “para mí es que el campo es muy duro [...] a mí sí me fascina la ciudad, a mí me gustaría irme a vivir a Bogotá, el padre de mi hija es de por allá, yo he vivido por allá, y me fascinan las labores del campo, pero estoy cansada, necesito cambiar” (Dora, 30 años, vereda San Isidro, Cóbbita).

A manera de cierre

Los referentes identitarios rurales por los cuales nos preguntamos en este texto, desde la percepción y experiencia de la juventud rural, nos muestran fundamentalmente una perspectiva relacional, de sociabilidades tejidas dentro de su comunidad, tanto con pares cronológicos como con moradores de otras edades, así como con sus pares foráneos, las y los jóvenes de la ciudad. Con todos ellos se

establecen solidaridades, complicidades, autoafirmaciones, comparaciones, disputas, dominaciones y tensiones de diferente orden. En el primer caso, con sus pares en el vecindario, se teje la fuerza colectiva suficiente para imponer de diferente manera espacios, prácticas y manejos del tiempo libre, que si bien se inscriben en unas rutinas marcadas por la responsabilidad y el cumplimiento de tareas asignadas, también rompen lentamente con algunos estereotipos y transgreden ligeramente las normas que los adultos imponen.

Con respecto a los no pares cronológicos en sus propios vecindarios rurales, se evidencia una escala de réplica de ejercicio del poder de los adultos hacia las y los jóvenes y de estos hacia los niños, fundada en mayores responsabilidades que a su vez se acompañan de mayor poder y autoridad sobre la escala etárea menor. Ello muestra una jerarquía desde la edad, que además se mezcla y profundiza con el referente de género. Ser joven es algo secundario socialmente frente a las posibilidades y restricciones, quehaceres y reconocimientos producidos por el hecho de ser hombre o mujer. Por ello, las mujeres señalan el peso del mundo patriarcal, que las controla y vigila, y se plantean entre risas y melancolías la necesidad de vivir sus vidas de otra forma. Las interacciones sociales en estas zonas rurales señalan una diferenciación excluyente y jerarquizada por género y edad, desde la cual ellas y ellos se sitúan frente al mundo y definen su lugar social en el entorno presente y sus perspectivas.

Frente a lo urbano juvenil, el contraste se hace desvalorizándolo, mostrando su complejidad y dificultad, así como las desventajas que se dan en términos sociales, ambientales, productivos e inclusive morales, cuando se afirma que las y los jóvenes del campo son “más sanos”, como un hecho connaturalizado derivado de habitar el campo. No es

fácil luchar contra un modelo impuesto de progreso y futuro, máxime cuando la tradición campesina ha estado marcada más por lo que podría denominarse una política de la asimilación que por una de diferenciación positiva frente a la sociedad urbana hegemónica. Sin embargo, las experiencias migratorias frustrantes de familiares y vecinos han permitido una valoración crítica de las opciones de la ciudad. Saberse productores, dueños de sus tiempos y ritmos productivos, procura la satisfacción de una autonomía relativa, sin que por ello se deje de lado la preocupación por las deficiencias de la vida en el campo, la dureza de sus trabajos y la ausencia de propuestas para desarrollar otras competencias y habilidades, que se deriva de las condiciones materiales del lugar rural en el que les tocó vivir. El riesgo en este aspecto es identificar unas carencias producto de decisiones y de problemas estructurales en términos de inequidad y de exclusión, con características que definen el sentido profundo de lo rural.

Los referentes identitarios que vienen marcando a estos jóvenes rurales están contruidos de anclajes que caracterizan la cultura campesina de la sociedad local en la que se inscriben sus vidas presentes, como es el trabajo agropecuario y el trabajo doméstico. Ninguno de estos es un trabajo suficientemente reconocido y valorado socialmente. Por ello, pareciera que el marcador ambiental puede ser un potencial referente que dignifique y dé un giro positivo a las identidades rurales juveniles.

Territorios diferentes, procesos e historias distintas imprimen marcas y matices para cada municipio, como territorio local, y también en cada vereda, como vecindario inmediato de las y los jóvenes, según su distancia o cercanía con el casco urbano, las vías, el transporte, los servicios, el paisaje, la estructura agraria, etc. Lo rural implica dar cuenta de diversos grados y prácticas de ruralidad, formas y sentidos

que a su vez van a plantear dinámicas de sociabilidad variopintas. Así mismo, la categoría y las prácticas de la juventud en lo rural se abren espacio lentamente, según lugar en la familia, estudios, salidas y retornos, acceso a la tierra y confianza para trabajarla e innovar. También el conflicto armado colombiano genera realidades muy distintas, que aquí no pudieron ser precisadas, pero que marcan de manera significativa la vida de las y los jóvenes rurales y sus familias.

Si, como lo plantea Halbwachs “la identidad se enraíza en el pasado, pero se actualiza en el presente y se reconstruye permanentemente” (1994: 370), es necesario que consideremos que las preguntas por la identidad de la juventud rural en estos cuatro municipios dicen mucho de los grupos sociales que habitan estos lugares, en medio de realidades múltiples, de rutinas cotidianas que van hilvanando pasados, presentes y futuros, y en donde los saltos significativos están marcados por cambios de edad que van a facilitar quizá otros estatus familiares y sociales, a diferencia de la constante del género.

Referencias

Arcila, C. (2004). “La participación de las y los jóvenes rurales a través de sus organizaciones en el departamento de Risaralda”. Informe de trabajo de investigación primer año, Maestría en Desarrollo Rural, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Ardila, Laura (2009). “Eso son asesinatos a sangre fría”. *El Espectador.com* (junio 18). En línea: <http://www.elespectador.com/impreso/articuloimpreso146579-esos-son-asesinatos-sangre-fria>

Bonilla, Ricardo y J. González (2006). *Bien-estar y macroeconomía: 2002/2006: Crecimiento insuficiente, inequitativo e insostenible*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Contraloría General de la República.

Caputo, Luis (2006). “Estudios sobre juventud rural en América Latina. Limitaciones y Desafíos para una Agenda de Investigación sobre Juventud Rural”. En línea: <http://www.procasur.org>

DANE, Departamento Administrativo Nacional de Estadística (2005). *Censo general*. En línea: <http://www.dane.gov.co/censo/>

Debuyst, F. (1998). “Espaces et Identités: Propositions interpretatives”, en *Amérique Latine. Espaces de pouvoir et identités collectives*, Frédéric Debuyst e Isabel Yépez del Castillo (directs). Francia: L’Harmattan. Institut d’Etudes du Développement, Université Catholique de Louvain3.

Elías, N. (1974). *La société de cour*. Francia: Calmann-Lévy.

Ferro, J., F. Osorio, G. Uribe y O. Castillo (1999). *Jóvenes, coca y amapola. Un estudio de las transformaciones socioculturales en zonas de cultivos ilícitos*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales.

Fundación Social (1998). *Municipios y regiones de Colombia. Una mirada desde la sociedad civil*. Bogotá: Antropos.

Garay, L. J. (2009). “Cuantificación y valoración de las tierras y los bienes abandonados o despojados a la población desplazada en Colombia. Bases para el desarrollo de procesos de reparación”.

Bogotá: Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre el Desplazamiento Forzado.

Garay, Luis Jorge y Adriana Rodríguez (2005). *Colombia: diálogo permanente*. Bogotá: Antropos.

Halbwachs, M. (1994). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París : Albin Michel.

Jaramillo, J. E. (1988). *Estado, sociedad y campesinos*. Bogotá: Tercer Mundo.

Jiménez, B. y M. De Surenaim (2003). « Paternidad y maternidad en la ciudad de Medellín: de la certeza del deber a los avatares y la incertidumbre del deseo”, en *Padres y madres en cinco ciudades colombianas*, Y. Puyana (ed.). Bogotá: Almudena, pp. 113-147).

Kessler, G. (2005). *Estado del arte de la investigación sobre juventud rural en América Latina*. En línea: <http://www.minagri.gob.ar>

Madera, J. (2004). “Organizaciones de jóvenes rurales y política pública de juventud”. Trabajo de grado, Maestría en Desarrollo Rural, Pontificia Universidad Javeriana. Documento preliminar, Bogotá.

Osorio, F., W. Mejía y G. Restrepo (2008). *De productor de café a pueblo emigrante. Experiencia migratoria internacional y su incidencia en el desarrollo del municipio rural de Córdoba, Colombia*. En prensa.

Osorio Pérez, F. (2005a). *Los desplazados. Entre survie et résistance, identités et territoires en suspense*. Francia: ANRT Lille.

_____ (2005b). “Jóvenes rurales y acción colectiva en Colombia”. *Revista Nómadas*, 23. Bogotá.

Pérez E. y M. Pérez (2002). “El sector rural en Colombia”. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 48 (primer semestre). Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Bogotá.

PNUD, *Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo* (2003). *El conflicto, callejón con salida*. Bogotá: Panamericana.

Santos, L.D. (2003). “La Red de Jóvenes Constructores de Paz de Cundinamarca: Nuevos jóvenes rurales, nuevos ciudadanos”. Tesis de grado, Maestría en Desarrollo Rural, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Universidad Central, Departamento de Investigaciones (2004). “Estado del arte del conocimiento producido sobre jóvenes en Colombia 1985-2003”. Bogotá: Programa Presidencial Colombia Joven-Agencia de Cooperación Alemana (GTZ)-Unicef Colombia.

Uribe López, M. (2005) “¿Un campo para la paz?”. *Hechos del Callejón*, 1 (marzo). Bogotá.

Anexo 1. Ubicación geográfica: Cóbbita, Miraflores, Sonsón y Nariño.

